

# JUAN ANTONIO GONZÁLEZ

por Esteban O. Lavilla

Reseñar la vida y obra de Juan Antonio González es, ante todo, un acto de profunda admiración, afecto y gratitud hacia una persona excepcional. Amigo de muchos años, compañero de investigaciones, expediciones insólitas y largas conversaciones sobre la vida y el mundo, Juan Antonio no es solo un biólogo extraordinario, sino también un ser humano íntegro, apasionado y generoso, dedicado plenamente a la ciencia, a su familia y a la construcción de un mundo mejor (y aquí es difícil establecer una jerarquía entre estas prioridades). Su vida es la historia de alguien que, desde sus primeros años en un pueblo azucarero, entre cañaverales provincianos, encontró en la ciencia una manera de contribuir al bien común. Su quehacer nos muestra cómo el conocimiento y el compromiso pueden transformar la realidad y nos enseña el verdadero valor de la universidad y los centros de investigación públicos, no solo como herramientas de movilidad social individual, sino como claves para resolver problemas que afectan a toda la sociedad.

Como dije, Juan Antonio nació y creció en un entorno rural en Tucumán, donde la vida discurría al ritmo de la cosecha de caña de azúcar, la esencia misma de su comunidad. En su infancia, pasaba lar-



gas temporadas en La Montañita, la colonia donde vivían sus abuelos en Monte Grande, Tucumán. Esos días, rodeado de Yungas y de historias familiares, fueron su primer contacto con el mundo natural. Fue allí, entre las plantas, los animales y los cielos despejados, donde comenzó a germinar esa curiosidad esencial que definiría su vida.

Un día, durante una visita al ingenio azucarero Mercedes, donde trabajaba su padre, Juan Antonio descubrió el laboratorio del lugar, y ese pequeño espacio lleno de tubos de ensayo y equipos de medición despertó en él una fascinación casi mágica por el proceso de investigar, observar y entender. Su interés por el conocimiento, por ese entonces, iba también hacia la historia antigua, en especial hacia el Egipto faraónico, cuyas historias leían sus ojos como mapas de otros mundos. No obstante, una de sus profesoras de colegio

secundario, con compromiso y mirada experta, guió a Juan Antonio hacia las ciencias físicas y naturales, percibiendo que historia y arqueología no eran lo suyo.

De adolescente, Juan quería vislumbrar algunos conceptos que, quizás sin tener cabal conciencia de ello, eran los mismos que venían desvelando a la humanidad desde que fue capaz de desarrollar el pensamiento abstracto: el origen del cosmos y de la vida... Por ello, a comienzos de la década de 1970 ingresó a la licenciatura en Física de la Facultad de Ciencias Exactas y Tecnología, en la Universidad Nacional de Tucumán. Un par de años de cursado y ya con algunas herramientas “duras” para analizar el problema, vio (y así se lo hizo saber también su entonces profesor, y después amigo, Orlando Bravo) que la respuesta estaba en otra parte. Y allí partió a la Facultad de Ciencias Naturales de la misma universidad, a inscribirse en “Biología”. Atónito, escuchó al encargado de sección alumnos decirle que eso no se dictaba allí, y que debía optar por las licenciaturas en Botánica, Zoología o Geología, o quizás en un profesorado en Ciencias Naturales... Ni corto ni perezoso preguntó cuál de las cuatro carreras tenía menos alumnos, y comenzó sus estudios en Botánica en 1973.

En la década de 1970 Argentina vivía tiempos convulsos, y el ámbito universitario no era ajeno a las tensiones sociales y políticas, y durante aquellos años se unió al Centro de Estudiantes de Ciencias Naturales, al tiempo que se convertía en un estudiante destacado. Allí comenzó a entender la importancia de la ciencia no solo como un fin, sino como un medio para mejorar las condiciones de vida de las personas. Así, desde sus primeras experiencias universitarias, quedó claro que la ciencia, para él, debía estar profundamente conectada con el bienestar social.

El golpe militar de 1976 alteró la vida de muchos, y para Juan Antonio significó un cambio en sus prioridades. Ante la falta de recursos y las restricciones que impusieron esos tiempos, reorientó su investigación hacia el origen de la vida en la Tierra, abordando esta temática con un rigor teórico que sorprendía incluso a sus profesores. Fue entonces cuando comenzó a experimentar lo que años después se volvería una constante en su vida: el encontrar caminos nuevos cuando y donde parecía que no había ninguno. Y para sobreabundar en el uso de una agudeza privilegiada, baste contar que fue capaz de hacer su versión del famoso “caldo” de Alexandr Oparín sometiéndolo a una mezcla de compuestos a la acción de los rayos UV en la atmósfera diáfana de los Andes de Jujuy para sintetizar aminoácidos (y esto fue a comienzos de la década de 1980).

Graduado en 1981, continuó ligado a la Universidad, primero como ayudante de cátedra en varias asignaturas y luego como técnico en el herbario y después investigador-docente de la Fundación Miguel Lillo, además de un tiempo en CONICET. La enseñanza y la investigación eran para él dos caras de una misma moneda, y transmitía a sus estudian-

tes la pasión y el entusiasmo con los que él mismo había aprendido a amar la biología.

Uno de los momentos que más lo marcaría en su carrera fue participar en un estudio de vicuñas en Jujuy. Juan, a veces Gustavo Scrocchi, y yo recorrimos las vastas extensiones de la Puna y del sistema altoandino jujeño. Fueron días de trabajo intenso y de contacto cercano con la naturaleza y con las comunidades locales, quienes nos transmitieron conocimientos ancestrales sobre el uso de los recursos naturales. Esos viajes moldearon en él una visión más profunda y humanista de la biología, una ciencia en la que naturaleza y cultura van de la mano.

Impulsado por su convicción de que la ciencia debía beneficiar a la sociedad, Juan Antonio promovió iniciativas de conservación, y junto a otros colegas, redactó un proyecto para proteger los ecosistemas de altura en Tucumán, Salta y Jujuy. Así nació la idea del Parque Nacional Aconquija, que con el tiempo se consolidó y se hizo realidad recién en 2018. Este logro, producto de años de trabajo y de perseverancia, refleja su capacidad para convertir sus ideales en acciones concretas, poniendo a prueba su consejo anti ansiedad, cuando las cosas no marchan a la velocidad deseada: “... Chango, esto no es pa’ calientes...”.

En 1987, un consejo del Dr. Peter Seeligmann, entonces profesor de Química Biológica en la Facultad de Ciencias Naturales de la UNT, lo llevó a estudiar la quinoa, un cultivo tradicional andino con propiedades nutricionales excepcionales. La investigación en quinoa no solo lo posicionó como pionero en Argentina, sino que también le abrió las puertas a la cooperación internacional, haciéndolo un referente en Egipto (el sueño juvenil de estar

en tierra de faraones se cumplía), Marruecos y otros países, llevando sus conocimientos y su entusiasmo por este grano, que veía como una solución prometedora frente a los desafíos del cambio climático. Su trabajo contribuyó a expandir el cultivo de la quinoa a nivel global y a posicionarlo como un alimento clave para el futuro. Cuando vio que era posible desarrollar cultivos en la depresión salobre de al-Fayyūm y en las arenas del Sinaí, junto con sus colegas egipcios encargaron a nutricionistas y cocineros reemplazar burgol, mijo y trigo de los platos tradicionales, cosa que lograron con insospechado éxito.

Pero no todo fue campo y laboratorio. Entre 1999 y 2001, Juan Antonio asumió el cargo de Director de Medio Ambiente de la Provincia de Tucumán, desde donde impulsó políticas innovadoras para promover una producción más limpia. Durante su gestión, se enfrentó a desafíos como la contaminación minera, luchando por una mayor regulación ambiental en casos críticos como el de la Minera Alumbra. Su labor en este campo fue pionera y sentó precedentes en la región.

Con más de 112 publicaciones científicas y decenas de contribuciones en temas de conservación y biodiversidad, la obra de Juan Antonio es vastísima. Ha escrito libros, capítulos y artículos, y su presencia en congresos y jornadas científicas ha sido constante. Sin embargo, lo que más destaca de su carrera es la capacidad de transmitir su conocimiento con generosidad y claridad, siempre buscando inspirar a las nuevas generaciones.

Hoy Juan Antonio vive una jubilación activa en Lules, donde se dedica a la reforestación de espacios comunitarios con especies nativas y disfruta de su familia, junto a su es-

posa, Liliana Ríos (contadora, a cargo de Economía Agraria en INTA), sus hijos, Mariana (psicóloga), Julietta (licenciada en turismo y con un grado en gestión de proyectos en la Sorbonne, París), Daniela (doctora en biotecnología y cursando un posdoc en la NWU en Boston), Luis María (técnico en higiene y seguridad), Ignacio (terminando diseño gráfico) y Nahuel (terminando arquitectura), yernos, nueras, y nietos y nietas, hermanas, cuñados, sobrinos, y una parentela de una calidez sin precedentes, de esas de mesa abierta y generosa.

Juan sigue investigando, analizando y gestionando, comparte sus reflexiones en la prensa y participa activamente en cuanto proyecto tenga que ver con cuestiones ambientales, y su vida es un testimonio del impacto que puede tener una persona dedicada al conocimiento y al bien común. Su compromiso con la ciencia, la enseñanza y la protección del medio ambiente lo convierten en un referente, no solo para los científicos, sino para todos aquellos que sueñan con un mundo más justo y sustentable. Su historia

nos inspira a creer en el poder del conocimiento y de la acción colectiva para construir un futuro mejor.

Hace muchos años (cerca de 50), en una emblemática ascensión al volcán Ojos del Salado, quien esto escribe estaba agobiado por la anoxia, la poca alimentación de los días previos y el agotamiento físico; sin que se lo pidiera y sin decir una palabra, Juan sacó más de la mitad del contenido de mi mochila y lo cargó en la suya. Ahí supe que tenía un amigo para toda la vida.